



Centro Comercial La Plaza Santa Bárbara. Vitoria

Haga usted memoria

Juan Carlos Márquez

De madrugada dos militares llaman a la puerta de Laureano Zuaza, a quien a partir de este momento designaré con las iniciales L. Z. Hace una noche desapacible. El viento repiquetea en los postigos y la nieve cae en grandes y oblicuos copos sobre Vitoria. L. Z. duerme abrazado a la cintura de una fulana y cuando oye su nombre en boca de extraños piensa que las voces le llaman en sueños. La víspera ha cumplido treinta años y, para celebrarlo, ha bebido vino peleón y aguardiente en compañía de los muchachos del mercado de La Plaza. Unas pocas horas después, a raíz de escuchar su nombre, despierta abrazado a una muchacha cuyo nombre es incapaz de recordar. La chica es muy joven, acaso demasiado para ser puta. Tiene los ojos abiertos, sin ninguna expresión, y está muy quieta. Sólo los pechos se le henchén ligeramente al inspirar, unas tetillas menudas, tristes, de pezones rojizos.

—Laureano Zuaza —grita una voz.

—Sabemos que está ahí dentro —dice otra más árida.

L. Z. echa un vistazo al reloj de pared sobre la cómoda, en cuya superficie puede atisbarse en la penumbra una cajetilla de Bisonte, un mechero de latón y una combinación blanca, o quizá beis, muy arrugada. Las agujas del reloj están a punto de alcanzar las seis cuando una batería inopinada de golpes se descarga contra la puerta. Se oyen más gritos.

—Es nuestro último aviso, Zuaza. Abra o echaremos la puerta abajo.

—Está bien —grita L. Z.—. Denme cinco minutos.

Al oírle, la chica se sobresalta. L. Z. la estrecha un segundo entre sus brazos y la arroja con las mantas. Luego desliza las manos por las mejillas de la chica y la ase por las muñecas, bajo la sábana.

—Pase lo que pase no salgas hasta que me haya ido —le dice—. Me gustaría saber tu nombre —añade en voz baja.

—Begoña —susurra la chica.

Entre tanto L. Z. termina de vestirse no se escuchan gritos ni golpes, pero se hace más audible la letanía del viento repiqueteando en las ventanas. Al fondo de un pasillo contiguo al dormitorio, al otro lado de la puerta principal, los dos militares aguardan bajo la nieve con los fusiles a la cadera. —Acompáñenos —dice el más alto—. El teniente quiere verle. Son dos muchachos de campo, con la frente y las mejillas coloradas. L. Z. atraviesa sus uniformes y los imagina segando la mies un atardecer tibio de primavera, con el grano levitando en el aire en lugar de la nieve y el cielo teñido de púrpura, a punto de rendirse.

—En mi vida he puesto los pies en un cuartel —dice L. Z.—. Debe tratarse de un error.

—No digo yo ni que sí ni que no —responde el otro muchacho—, pero entiéndanos: cumplimos órdenes. El trío echa a andar por la ancha y desierta avenida de los Reyes Católicos. La nieve cruje bajo sus botas. Se hace trizas primero y después agua sucia. Las pisadas apenas se mantienen frescas unos pocos segundos. Transcurrido ese tiempo de tregua los copos vuelven a cubrir la tierra, como si nada que no fuese nieve hubiera existido. L. Z. se detiene un momento y mira a su alrededor. Respira hondo. La ciudad está dormida pero risueña, si es que puede aplicarse a las ciudades la facultad de sonreír. Los parques y los tejados cubiertos de blanco. El viento ha dejado de soplar.

—Avíese —L. Z. siente en su columna la presión ligera de la culata de un fusil—. Nos están esperando.

El grupo calleja diez o doce minutos antes de llegar al

cuartel. De niño, L. Z. había paseado de la mano de sus padres ante aquel edificio ocre y sucio muchas tardes de domingo (cuando venían los tres a Vitoria a tomar chocolate con churros o a meterse en un cine), pero no recuerda que hubiera allí ningún cuartel. En realidad, si se exceptúa a un círculo de militares protegiéndose de la intemperie ante una hoguera, no hay otros indicios de que lo sea en el presente. La puerta se abre y aparece un hombre vestido de paisano con cara de cansancio. Los dos militares efectúan un saludo marcial, que el hombre devuelve de manera mecánica. Luego vuelven sobre sus pasos, se hacen hueco en el círculo de compañeros y extienden las manos sobre las llamas. La nieve cae aún más deprisa, tupida, en grandes copos, como un cortinón. Antes de cruzar el umbral, L. Z. piensa si Begoña seguirá aún en la cama y, como si le fuera posible verla en la distancia, echa la vista atrás.

—Vamos, no se entretenga. Sígame —le increpa el recién llegado al pie de unas escaleras construidas con renqueantes tablones de madera—. El teniente le espera.

—Quizá sepa usted por qué estoy aquí —dice L. Z. agarrándose al pasamanos, como poco antes ha hecho su antecesor.

El hombre se pasa la palma de una mano por la cabeza, que tiene rasurada por completo y contrasta, de la misma forma en que lo harían un desierto pedregoso y un vergel, con una barba oscura, luenga, erizada, sinuosa, colgada de la barbilla como un precipicio. Luego, ignorando las palabras de L. Z., sube el primer tramo de escaleras.



—¿Es que se ha vuelto sordo todo el mundo? —L. Z. descarga su puño izquierdo contra el pasamanos— ¡Sólo quiero saber qué hago aquí! ¿Es eso mucho pedir?

—No se impaciente —dice el hombre volviéndose—. Si hay algo que deba saber, lo sabrá en su debido momento, pero no es a mí a quien corresponde decírselo.

La ocurrencia de huir cuece a fuego vivo unos momentos dentro de L. Z. Ese hombre vestido de paisano es más viejo y parece mucho más lento que él. No lleva puesta ninguna cartuchera. Las posibilidades de que no vaya armado son muchas. L. Z. podría echar a correr por sorpresa, ganar la puerta, la libertad, y a continuación —y esta última clarividencia echa por tierra todos sus ánimos— caer abatido por los disparos de los militares reunidos en torno a la hoguera.

El hombre termina de conducirlo hasta una puerta entreabierta en el tercer piso y regresa sobre sus pasos. Pronto empequeñece entre los peldaños, como si hubiera sido engullido por la angostura de la escalera. L. Z. permanece expectante en el rellano. La certeza de que en cualquier momento va a ser invitado a entrar le mantiene alerta. El aire interino es denso y recio, muy áspero. Le parece que huele igual que un puesto de La Plaza cerrado durante semanas, acaso meses. Ha visto reabrir muchos después de que pesen sobre sus propietarios órdenes de embargo. Por lo general, un municipal fornido hace saltar el candado de la persiana haciendo palanca con una barra de hierro y, como consecuencia, quedan al descubierto las estanterías vacías, el óxido, la humedad, la acidez inevitable de la leche o el olor pútrido del último rastro de carne o de pescado.

—Pase, Zuaza —dice una voz gruesa. El propietario de la voz marca una pausa nítida entre una palabra y la siguiente. L. Z. empuja la puerta, entra y cierra tras de sí. Un hombre aún joven sentado a una mesa se presenta como el teniente Paraíso y le conmina a sentarse. L. Z. toma asiento. El cuarto es muy pequeño, ciego, una especie de cubículo. Los dos hombres, sentados cada uno a un extremo de la mesa, lo llenan casi por completo. Los únicos materiales de oficina son una cuartilla oculta en su mayor parte bajo las manos de Paraíso y un lapicero gastado. Del techo pende torpemente un cable revirado, y del cable, una bombilla. No hay armario. Ni estufa. El frío fluye de las bocas y de las narices de los hombres convertido en vaho.

—Quiero que me escuche bien, Zuaza —dice el teniente—. Voy a hacerle una serie de preguntas. Tómese el tiempo que sea necesario para responder y conteste a todas con serenidad y franqueza. Eso nos ahorrará a los dos mucho trabajo.

—Antes quiero saber por qué estoy aquí —repite L. Z.



—No se trata de usted —señala Paraíso—. Es cuanto puedo decirle por ahora. Si está de acuerdo, me gustaría que comenzáramos cuanto antes.

L. Z. asiente. Por un momento piensa que tal vez pueda estar de vuelta antes de que Begoña despierte. La imagina durmiendo con placidez, en posición fetal, sus labios rozando levemente la almohada, humedeciéndola de saliva. Durante unos segundos L. Z. se olvida por completo del teniente. Paraíso le inspira cierta confianza, al menos más que la que le han inspirado los dos militares y el ayudante. En otras circunstancias bien hubieran podido compartir en ese mismo edificio ocre o en otro similar un vaso de vino con cecina a la salida del tajo. Los ojos de Paraíso son muy claros, de color aguamarina, y, aunque calificar su mirada de limpia es quizá aventurado, tampoco puede concluirse que esa manera tan directa de mirar, tan por derecho, esté ensombrecida.

—Dígame su nombre completo.

—Laureano Zuaza Arizmendi.

L. Z. habla muy despacio, recreándose en cada palabra. En cada una de sus pausas pudiera haber otro nombre propio.

Quiere hacerse entender a la primera.

—Hábleme de sus padres —explica Paraíso—. No tema. Se trata de una cuestión puramente informativa.

—Están muertos —contesta L. Z.—. ¿Qué más quiere saber?



—Profesiones, hábitos, no sé, cualquier cosa que le venga a la cabeza.

L. Z. permanece unos segundos pensativo. Luego, sin previo aviso, comienza a hablar:

—Durante más de treinta años mi padre fue matarife en un pueblo a las afueras de Vitoria. Se pasaba la vida dando muerte y desollando terneras. También sacrificaba y abría en canal a cerdos, cabritos, conejos, a todo bicho viviente que cayera en sus manos. Le gustaba su trabajo, aunque estaba mal pagado, muy mal pagado. Yo aprendí de él el oficio. Los vecinos venían a buscarlo, a veces hasta lo sacaban del catre, y mi padre salía sonriente de la casa al amanecer con la chapela ladeada y un machete o un cuchillo bajo el brazo. Tenía una docena de cuchillos de matarife perfectamente afilados. A su muerte, yo me quedé con uno. El resto los enterramos con él, según su voluntad. De madre, apenas puedo decirle gran cosa: se ocupaba de la casa, de padre y de mí. Era una mujer alta y fornida, con las manos enormes, poco habladora. Era casi tan grande como el silencio que la acompañaba. Cuando me quedé huérfano, ya mayor de edad, vendí la casa y unas tierras y me vine a Vitoria a trabajar de carnicero al mercado de La Plaza. Eso es todo.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba el pueblo donde vivían?

—Armentia, pero no he dicho el nombre —Paraíso le echa un vistazo a la cuartilla. Su rostro queda oculto un momento tras la hoja de papel.

—Supongo que iría usted a la escuela...

—Sí, como el resto de los chicos. La educación es nuestra principal conquista. Todo el mundo lo sabe —expone L. Z., y la boca de Paraíso se contorsiona en una mueca de desagrado—. La escuela se llamaba La Virtud, pero hace años que no existe. La derribaron.

—Quiero que ahora recuerde a sus compañeros de colegio. Haga un esfuerzo.

—No podría recordarlos a todos. Éramos diecimuchos, cerca de veinte. Algunos, mucho mayores que yo. Otros, demasiado pequeños. No sé. Tal vez podría decir algunos nombres.

—Inténtelo.

L. Z. mira al techo como si allí fuera posible hallar la solución a sus problemas. La bombilla que pende de un cable se convierte de súbito en el cuerpo inerte de un ahorcado. En cuanto la bombilla vuelve a ser lo que era, una simple bombilla, la intensidad de los destellos obliga a L. Z. a desviar la mirada hacia un lugar indeterminado de la pared.

—No sé. Tenía algunos compañeros de juegos: Imanol Berastegui, los hermanos Isidoro y Paulino Asua... Arturo, Cosme, Pablito, Xabi...

—¿Le dice algo el nombre de Domingo Olabarrieta?

—No. No he oído ese nombre en mi vida.

—Según nuestros informes Olabarrieta y usted coincidieron al menos cinco años en La Virtud.

L. Z. hace una pausa.

—Le repito que no conozco ni he conocido nunca a ningún Domingo Olabarrieta. Tal vez sus informes estén equivocados.

—No, Laureano, nuestros informes no pueden estar equivocados, pero estoy dispuesto a pasar por alto esa última afirmación si usted se compromete a colaborar.

—No entiendo... ¿Qué quiere de mí exactamente?

—Nada anormal, tranquilícese. Sólo deseo que haga memoria. Nos consta que en algún momento de la infancia usted y Olabarrieta se conocieron. Puede que intercambiaran algunas palabras, tal vez pelearan en alguna ocasión o fueran integrantes de un mismo equipo de fútbol, quizá compartieran aficiones... No sé. Sólo quiero que recree algunos de esos momentos. Que los rememore para mí. Cinco años compartidos son demasiado tiempo para que puedan haberse evaporado de su memoria.

—Lo único que puedo decirle, teniente, es lo que ya le he dicho: no sé quién es ese Domingo Olabarrieta y no voy a saberlo ni hoy ni mañana ni nunca. Podría estar aquí sentado mil noches con sus días y seguiría sin saberlo.

—Esa actitud suya tan negativa no va a conducirle a ninguna parte, Laureano.



—Entonces, ¿qué me aconseja? Ya le dicho que no conozco a ningún Olabarrieta.

—Quiero que piense detenidamente en aquellos años —los dedos del teniente tamborilean sobre la mesa una especie de redoble patibulario—. Que se tome todo el tiempo que sea necesario. Yo voy a salir. Estaré fuera un rato. Cuando vuelva, quiero que me cuente todo lo que recuerde de Olabarrieta. Mientras tanto no intente ninguna tontería.

Paraíso se pone en pie, hace varios dobleces en la cuartilla, la guarda en su guerrera junto al lapicero gastado y se dirige a la puerta. Tiene el pomo entre los dedos cuando la voz de L. Z. estalla en el habitáculo.

—¡Nada! —chilla. Y acto seguido sale de su boca un reguero serpenteante de vaho—. Eso es todo cuanto puedo recordar de Olabarrieta. Así que ya puede ir haciéndose a la idea.

A continuación, con una lentitud extrema, la puerta se va cerrando tras el teniente.

Durante el tiempo de soledad L. Z. hace un esfuerzo titánico por evocar sus años en La Virtud, pero todos sus intentos, la mayoría urdidos en torno a vaguedades, se van disipando en beneficio de Begoña. Los recuerdos relativos a la infancia son puestos de carnicerías tristes, crepusculares, sin apenas género ni clientela; y Begoña, una panadería donde se apilan barras recién cocidas y las gentes aguardan su turno al calor del horno, el último destino matinal antes de las frías calles. A la vuelta de Paraíso, Domingo Olabarrieta ocupa en la memoria de L. Z. el espacio de un copo de nieve pisoteado. En cambio,

Begoña ha adquirido las dimensiones gigantescas de un alud precipitándose montaña abajo.

—Y bien... —Paraíso termina de tomar asiento—. Veamos si este receso ha iluminado su memoria. Qué puede decirme sobre Olabarrieta.

—Nada en absoluto —indica L. Z.

Paraíso emite un suspiro visceral. Sus ojos entreverados de verde y azul se enquistan mecánicamente en los de L. Z.

—Laureano —dice—, creo que no acaba de entender las dimensiones reales de este asunto. Así que seré franco con usted. Sé que conoció a Olabarrieta. Desconozco el grado de intimidad al que llegaron ambos, pero sé que se conocieron. Aunque eso lo debe saber usted mejor que yo. Le aseguro que no le hemos sacado de su cama en mitad de la noche para que tome el fresco. Domingo Olabarrieta es un hombre muy peligroso. Un enemigo de la patria. Cualquier testimonio sobre él puede sernos de gran ayuda. Sólo quiero que me cuente todo lo que recuerde sobre él por insignificante que pueda parecerle.

L. Z. cierra un instante los ojos. Una pátina de sudor le brilla en la frente pese al frío reinante.

—No conocí a ningún Domingo Olabarrieta, es cierto, pero había un muchacho... Un chico al que apodaban Gaue¹. Tal vez pudiera tratarse de la misma persona...

—Dígame todo cuanto sepa sobre ese Gaue.

—Era un muchacho pálido, delgadísimo, algo retraído —el teniente saca de su guerrera el lapicero y la cuartilla y

comienza a anotar cuanto va diciendo L. Z.— A veces, a la salida del colegio, coincidíamos frente a la iglesia. A los dos nos gustaba mirar a las cigüeñas en el campanario. El chico vivía con sus abuelos maternos. Eran dueños de una lechería y Gaue tenía su propio cuarto en los sótanos. La ropa le olía un poco a leche agria.

Paraíso deja caer el lapicero sobre la mesa.

— ¿Eso es todo cuanto es capaz de recordar?

—Sí.

—Y esa lechería de la que me ha hablado, ¿sigue existiendo?

—No lo sé. Hace años que no paso por allí, pero es probable.

—Su declaración puede sernos de ayuda, Laureano. Fírmela y podrá usted volver a su casa. La puerta está abierta.

L. Z. estampa su firma en la cuartilla, en cuya cabecera Paraíso ha escrito el nombre de Domingo Olabarrieta. Acto seguido, con total entereza, estrecha la mano tendida del teniente y sale del habitáculo. Los pechos de Begoña, esos pechos tristes de pezones rojizos, van cobrando protagonismo en sus pensamientos a medida que desciende la escalera. En el rellano del primer piso se cruza con el ayudante de Paraíso, que antecede a un hombre grueso con la cara llena de cicatrices originadas por alguna enfermedad, quizá viruela. El hombre lleva un pitillo entre los labios, y, alzando levemente la barbilla, pide fuego a L. Z. Este se apalpa bajo el abrigo,

niega y se pierde escaleras abajo. Entre tanto, el hombre grueso de la cara escavada es guiado hasta el teniente, que aguarda inmóvil en el descansillo.

—Pase. ¿Quiere fuego para ese cigarro?

El hombre asiente y arrima la cara a la llama que sale del zippo dorado que le ofrece el teniente en el umbral. A continuación da un calada profunda y lanza el humo hacia el techo:

—¿Qué quieren de mí?

—Nada. Siéntese ahí. Se trata de una formalidad y tiene que ver con su niñez en Vitoria. Porque usted siempre ha vivido en Vitoria, ¿no?

—Sí.

—Entonces, no me iré por las ramas. Estamos buscando a un hombre y creemos, estamos seguros, que usted lo conoció: Laureano Zuaza. No, no niegue con la cabeza. Comprendo que ahora mismo, en frío, le cueste centrarse, pero tómese el tiempo que haga falta. No hay prisa. Solo quiero que me diga cualquier cosa que recuerde sobre ese hombre. Sólo eso. Haga usted memoria.

Juan Carlos Márquez

¹ En euskera, noche.

CENTRO COMERCIAL LA PLAZA SANTA BÁRBARA. VITORIA

El Centro Comercial La Plaza Santa Bárbara está ubicado en el centro de Vitoria, al lado de El Corte Inglés.

El antiguo edificio de La Plaza se construyó a finales del siglo XIX en lo que hoy en día es la Plaza de los Fueros, a escasos 300 metros del emplazamiento actual.

El actual mercado se inauguró en 1975 y el arquitecto fue Esteve Jacotot. El mercado cuenta con 5.000 metros cuadrados divididos en varias plantas, además de aparcamiento privado.

La oferta comercial incluye 110 puestos, de los que actualmente están abiertos más de 50, entre los que se incluyen 14 carnicerías, 8 pescaderías, 5 fruterías, 3 charcuterías, 3 pollerías y algunas tiendas de especialidades. Cuenta, además, con una amplia zona de oficinas y servicios.

Mercasa diseño hace unos años un ambicioso y vanguardista proyecto de remodelación que afectaba tanto al mercado como a su entorno en la plaza de Santa Bárbara. Los exteriores ya están remodelados y aún está pendiente que el Ayuntamiento y los comerciantes acometan la renovación del edificio y las instalaciones del mercado.

